

sigo mismos y con los demás que constituye acaso el sello más verdaderamente personal de la raza turca. Aun entre la gente del pueblo ínfimo, la cólera se traduce raramente en riñas, en ofensas, en disputas. *Kuzum* (cordero mio), *djamen* (alma mia), tales son los epítetos que se aplican mutuamente.

Sin embargo, no hay regla sin escepcion: al lado de estas expresiones amistosas, algunas palabras groseras tienen lugar en su vocabulario, y las cambian á veces sin descomponer su característica gravedad: también bajo el pretexto de que el anatema del Profeta contra el vino, no puede alcanzar al *raki* (especie de aguardiente) dejan alguno que otro día penetrar en sus casas la embriaguez.

Añádase además que este pueblo, muy extraño aun al espíritu revolucionario que trabaja á la Europa, es en general dócil y fácil de gobernar: bien administrado, el país sufriría en breve una feliz trasformación.

Pero ya es tiempo de volver á los habitantes de Aizani. Amasan y estienden la masa en hojas muy delgadas que cuecen en planchas de hierro candente, obteniendo así pan, semejante á nuestras tortas, pero de una dimensión de cerca de un metro cuadrado: en un país donde los platos son desconocidos y la ropa de mesa es rara, estos *panes-servilletas* son muy convenientes. Acostúmbrase también en esta parte de la antigua Frigia comer el trigo en grano como el arroz. Delante de cada casa hay un mortero de piedra groseramente labrado, donde se tritura á medias antes de hacerlo cocer.

El día 12 á las dos volvemos á emprender la marcha.

Después de una serie de colinas de formación calcárea, viene una meseta surcada de profundas quebradas, al través de las cuales se ven terrenos donde domina la arcilla, el asperon, la greda y la toba volcánica. Esta meseta sirve de unión entre las grandes cadenas de los montes Dindimos y el Temno. Ambas cordilleras parten de este punto para prolongarse en una misma línea, la una en dirección de Capadocia, la otra en la del mar Egeo, dividiendo el Asia Menor en dos vertientes inclinadas al Norte hácia, el Ponto-Euxino y la Propóntide; al Mediodía y al Oeste, hácia el Mediterráneo. En este momento podemos descubrir los orígenes del Rhyndaco y del Hermo, cuyas aguas, saliendo de la misma montaña toman sus corrientes hácia diversos mares.

El sol se pone por detrás del Ak-Dagh; ¡perspectiva magnífica!

A nuestros pies y hácia el Sur se abre un estrecho valle entre grandes masas volcánicas, por donde corre el Hermo (Ghediz-Tchai), y aparece la ciudad de Ghediz (la antigua Cadí), cuyas mil quinientas casas se muestran al través de las quiebras de la roca calcinada.

Llegamos ya de noche, y la pintura que hice en otro lugar sobre los peligros de una entrada nocturna en las ciudades turcas, daría una pálida idea de las dificultades que necesitamos arrostrar para descender y subir de nuevo las dos pendientes opuestas de esta garganta con cabalgaduras rendidas y por callejuelas que no pintaría exactamente ningún pintor de la escuela realista.

Por lo demás, buen konak, sobremanera pintoresco, medjles numerosos é imponentes por lo ancho de sus trajes y la gravedad de continente, y sobre todo, obsequioso acogimiento.

El 13 por la mañana tomo á toda prisa una vista de Ghediz y partimos antes de las nueve en caballos de posta. El valle del Hermo está bien cultivado, pero no hicimos más que atravesarlo para entrar luego en una región montuosa que nos recuerda las vertientes del Olimpo. A veces entre los árboles y las rocas se descubren perspectivas de gran belleza. Pasamos al borde de un precipicio, de donde se elevan turbiliones de llamas y humo. No es nada, nos dice nuestro guía: es un bosque ardiendo.

El mudir de Ouschak, prevenido de nuestra llegada por un zapfí, sale á recibirnos con su séquito á media legua del pueblo, haciéndonos muchas cortesías. Conducenos luego casa del Tchorbadi, griego mercader muy inteligente que nos acoge con la mayor benevolencia.

Ushak tiene una verdadera importancia mercantil: es un punto intermedio entre el mar y los cantones agrícolas de la Frigia; el fértil territorio que rodea la ciudad le suministra productos variados. Así, pues, numerosos convoyes de camellos parten cada semana para llevar á Esmirna grano, tabaco, ópio y agalla de Levante.

Ushak posee además una industria interesante. En ella se fabrican esos bellos tapices de moqueta conocidos con el nombre de *tapiz de Esmirna*. Tiene ochocientos talleres de tres operarios cada uno, que trabajan á mano en sus casas. La población se eleva á 15,000 almas lo menos, cuya tercera parte es de cristianos, y la industria y el comercio están, por decirlo así, exclusivamente en sus manos. Es admirable la buena armonía y hasta la familiaridad que reina entre los principales de ellos y el mudir.

Entre Ushak y Esmirna solo hay un correo semanal: el trayecto es de muchas jornadas, y ya se sabe que en Turquía las cartas no se distribuyen nunca á domicilio; debe uno mismo ir á la administración para reclamarlas. Al que se le dirigen sin que él sepa de antemano que han de escribirle, es casi seguro que no las recibirá nunca.

Ouschak parece estar asentada sobre el sitio de la antigua Aconia, pero no hay sobre esto datos seguros. De cualquier modo en ella se encuentran mu-

chos mármoles esculpidos, que formaban parte de antiguos sepulcros, y hoy adornan las fuentes. Gran trabajo me costó hacer la fotografía de una en medio de un pueblo curioso, pero dócil felizmente para obedecer á los zapfíes.

El 14, después de haber permanecido en la población parte del día, partimos acompañados de dos mercaderes griegos, que nos rogaron los admitiéramos en nuestro séquito hasta Esmirna, y vamos á pernoctar á Takmak, aldea de treinta casas, situada á la estremidad de una altísima meseta, cuya ondulante superficie está cubierta de arena, de guijarros y de bloques: diríase que era el fondo de un antiguo mar. Los únicos habitantes de estas soledades son algunos *yurukes* acampados entre sus rebaños. ¡Hermosa vista la de Poniente, sobre toda la parte occidental del Asia Menor hasta el Ida!

Nuestros caballos han marchado bien; pero la distancia entre Ushak y Takmak es de doce horas, y están cansados. Es bien entrada la noche cuando llegamos al konak de un mudir hipocondriaco, que habla poco y solamente para quejarse. Su hija, encantadora niña de once años, viene familiarmente á sentarse junto á nosotros y á satisfacer su curiosidad haciéndonos mil preguntas: dentro de pocos meses sin duda, dirá su madre que es preciso ya velarla, y entonces la hermosa niña habrá de renunciar para siempre á su libertad en la vida claustral de los herenes.

El 15 á las ocho de la mañana partimos de aquí y descendemos al través de un laberinto de rocas formadas de gneiss, al que suceden, cerca de Kula, los elementos que constituyen los terrenos volcánicos.

Kula es en efecto el centro de aquella parte de la Frigia que los antiguos llamaban *Frigia combusta* (*Katakekaumenes*), está edificada al mismo pie del Kara-Develit (*el tintero negro*), grande volcán apagado hoy, pero cuyo cráter ha debido, hácia el origen de los tiempos históricos, dar paso á los prolongados rastros de lava y escorias que surcan el territorio de Kula y estrechan de cerca á la ciudad, como un mar agitado, cuyas ondas se hubieran súbitamente petrificado.

Kula, un poco menos poblada que Ushak, es sin embargo una población industriosa y comercial, donde el mudir nos concede generosa hospitalidad.

16 de octubre.—Partimos á las siete y media y atravesamos la cadena de montañas en forma de promontorio que separa el valle del Hermo del valle de Kusu-Tchai. En este está situada Alachehr (la antigua Filadelfia), mas notable por sus recuerdos religiosos que por sus monumentos.

El aspecto de sus montañas es tristísimo, y nos recuerda lo que hemos visto la víspera entre Yakmak

y Kula; poca vegetación, rocas acumuladas por aquí y por allá. La vertiente del lado de Kula ofrece una aglomeración de materias volcánicas; la meseta superior y la vertiente meridional son de formación primitiva, dominando el gneiss entre algunas vetas de cuarzo.

Ningun paraje más á propósito para teatro de nuestras aventuras: aquí nuestros compañeros hallan los recuerdos de sus peores días y nos refieren las continuas inquietudes á las cuales se han espuesto en un país, donde la menor operación mercantil exige un trasporte de numerario. Mil emboscadas los rodean y deben estar siempre preparados para defenderse, asociarse para viajar en número respetable, recurrir á la astucia tomando ostensiblemente una dirección y cambiarla oculta y prontamente luego; ponerse en marcha, por ejemplo, el domingo, después de haber anunciado que el martes. Pero el mejor medio de garantizarse es conservar inteligencias con el enemigo y capitular por necesidad. Los turcos, aun los salteadores, se precian de fieles á la palabra empeñada: la dificultad consiste en entenderse. Pero de acuerdo ya, el comerciante puede con seguridad emprender su viaje bajo la fe de los salteadores, que comprometidos á respetarlo, le defenderían de cualesquier otros ladrones que intentaran atacarlo.

El más hábil medianero en esta especie de negociaciones no está lejos de nosotros. En efecto, á eso de las once, llegamos á una barraca aislada en medio de esta soledad y ennoblecida con el título de café. Nuestros compañeros echan pie á tierra y cambian los más cordiales *tememas* con un hombre corpulento, de mirada picaresca, bien vestido y mejor armado. Los mercaderes nos lo presentan y nos dicen al oído que es menester pagarle liberalmente la taza de café que va á servirnos. Este hombre, añaden, ha sido un salteador terrible; pero ya se ha hecho hombre de bien y nos presta muy buenos servicios. Nosotros procuramos tomar sus consejos y el anfitrión toma nuestro dinero sin mirarlo, como por distracción, mientras seguía hablando con sus amigos: se conoce que es un personaje.

Pero un poco más lejos, en las montañas del Tmololo, á cuyo pie hemos de llegar esta noche habitan ciertos hombres, de los cuales no se habla sin cierto temor, desde Aidin hasta Kula y aun hasta Esmirna: estos hombres son los *zeibekes* (independientes).

Deben sin duda provenir los *zeibekes* de alguna tribu nómada que haya por largo tiempo conservado su independencia en las cumbres de las montañas y en la espesura de los bosques: actualmente hay entre ellos individuos de razas diferentes, hasta negros. De cualquier modo, forman una especie de hermandad en que se afilian generalmente todos los calaveras y perdidos del país, abrogándose privilegios como



el de vivir á espensas del público, tomándose en rehenes de sus exacciones al que mejor les parece, cuando no hallan ocupacion de su gusto.

Por lo demás, tienen probada su moderacion, pues no roban por enriquecerse: el pan del dia les basta.

Os cercan, os hacen parar: dadles una moneda de oro, provisiones, tabaco... y los vereis retirarse satisfechos: á veces sin embargo, su mal humor es terrible. Tan persuadidos están de que tienen un derecho inquestionable á vivir en este género de vida, que lejos



Ushak.—Casa construida con fragmentos monumentales.

de ocultarse, procuran ser reconocidos y obtener, gracias á sus trajes, los miramientos que les son debidos. No describiré este traje, que es á no dudar, el mas escéntrico de todo el Oriente, porque el lector lo encontrará reproducido fielmente en la viñeta.

Hace unos treinta años, queriendo un pachá acabar con los zeibekes, proscribió este traje bajo las mas

severas penas. Puso luego en campaña cuerpos de tropa regulares, y tuvieron lugar varios encuentros: la sangre corrió con abundancia, pero la obstinacion de los zeibekes no pudo ser vencida.

En 1861 se les atacó de otra manera. Hacia el sultan la guerra á los montenegrinos, y el pachá de Esmirna envió al Tmolos reclutadores encargados de

pagar una crecida gratificacion de enganche á todos los zeibekes que quisieran partir para Montenegro. Ponderándoles además el botin que ofrecia una expedicion contra tan débiles enemigos, tres mil de ellos vinieron á sentar plaza á Esmirna. Los vapores que

habian de trasportarlos carecian de carbon, y en tres dias que los zeibekes permanecieron en tierra, la ciudad parecia una plaza tomada por asalto. Pero habiendo uno de ellos faltado á un inglés, y acaso tambien á una inglesa, los cónsules intervinieron, y



Sardis.—Ruinas de un templo bizantino con fragmentos de templos griegos.

aquella misma noche fueron embarcados los zeibekes. En el Montenegro se les confiaron los puestos de mas honor, y pocos de aquellos bravos volvieron á ver el Tmolos; pero habian dejado en él harta semilla, y la raza no ha acabado todavia.

En la mayor parte de las comarcas de la Anatolia, se ven á cada paso fuentes construidas por piadosos

musulmanes para refrigerio de los peregrinos. En la meseta porque caminamos hoy, no hay ninguna de estas fuentes, pero hallamos en cambio grandes cubas resguardadas del sol con ramas y llenas de agua fresca que renuevan gratuitamente almas caritativas.

Hacia las tres de la tarde, la imponente cordillera



del Tmolos aparece en frente de nosotros: descendemos á un estenso valle que seguimos durante cuatro horas y vadeamos luego el Kusu-Tchai, á cuyas riberas acuden á abreviar los ganados de los yurukes. Cerrada ya la noche nos recogemos en el konak de la aldea de Salikli, donde un mudir pobre y valetudinario nos hace como mejor puede los honores.

## X.

La Lidia.—Ruinas de Sardis.—Creso y Solon.—Ciro.—Mas recuerdos históricos.—El Pactolo.—Sepulcros de los reyes de Lidia.—Cassaba.—Bajo-relieve de Sesostris.—Los zeibekes merodeadores.—Nimphi.—Viaje nocturno.—Llegada á Es-mirna.

El 17 á las siete de la mañana nos dirigimos hácia las ruinas de Sardis, situadas á una hora y media de Salikli. Desde ayer vamos pisando aquella Lidia personificada en Creso, el mayor de sus reyes, y hoy símbolo no mas de la riqueza. A pesar del oro del Pactolo, á pesar de la fertilidad de los valles que riegan el Hermo y el Meandro, la Lidia conoció muy pocos dias faustos, siendo en los antiguos tiempos lo que las llanuras no menos fértiles de la Lombardía en los modernos: el campo de batalla de las naciones.

Las ruinas de Sardis están casi borradas: tomada á viva fuerza, incendiada, saqueada siete veces lo menos por los escitas, por los persas, por los griegos, por los godos, por los sarracenos, en fin; quebrantada hasta sus cimientos por el gran terremoto que en tiempo de Tiberio asoló toda el Asia Menor, fue últimamente, en 1402, teatro de una devastacion tan espantosa por parte de los soldados de Tamerlan, que desde entonces no ha conocido ya mas habitantes que los yurukes, establecidos bajo sus tiendas en medio de las ruinas (1).

A escepcion de dos magníficas columnas (2), resto de un templo de Cibeles, construido bajo el reinado de Alejandro Magno, todos los edificios, cuyas ruinas quedan (teatro, estadio, gimnasio, iglesias), datan solamente de los primeros siglos de nuestra era. Como reproduccion la mayor parte de estos monumentos, innecesario es que nos detengamos en describirlos. Solo diremos que al parecer el lujo de las construcciones no debió ser el que mas estimaron los lidios.

Gracias á su disposicion, las ruinas de Sardis ofrecen todavía un aspecto imponente. Muéstranse al extremo de un estenso valle en las primeras gradas del monte Tmolos. Las cumbres de granito que las dominan se alzan del seno de arenas acumuladas, y

(1) Véase tambien aquí un molino en la margen de uno de los dos riachuelos que pasan por Sardis; un poco mas lejos hay un café y algunas casas dispersas en la llanura.

(2) En el siglo anterior habia seis: las que quedan están enterradas hasta un tercio lo menos de su altura.

su masa, efecto de conmociones sucesivas, está surcada de profundas grietas y rupturas: diríase que las ruinas de una ciudad se han confundido con las de una montaña.

El tormo que sostenia la Acrópolis, suministra un ejemplo harto ostensible de la disposicion del terreno. Toda su pared setentrional se ha derrumbado hasta cerca del teatro, arrastrando en su caída parte de la plataforma superior, donde no se ven ya mas que lienzos de muralla poco antiguos. Estos derrumbamientos deben ser atribuidos á la accion de las aguas, pero sobre todo á las conmociones subterráneas.

En presencia de esta general decadencia, ¿cómo no evocar la sombra de Solon?

Un dia, hace mas de dos mil años, en el curso de sus viajes, habia recibido hospitalidad bajo los artesonados techos del palacio de Creso.

—¡Oh mi huésped ateniense! le dijo el rey; tengo deseos de preguntarte cuál es el mas feliz de todos los hombres que has visto.

Solon habló largamente de la inestabilidad de la dicha humana y luego añadió:

—¡Oh Creso! preguntas sobre esto á un hombre que no ignora cuán celosa es la divinidad y cuánto se complace en trastornarlo todo. Mientras que no haya muerto, no puede decirse que un hombre es feliz. En todo es menester considerar el fin.

El fin de Creso y el de Sardis han desmentido en efecto cruelmente las doradas esperanzas en que puede creerse, se mecerian dulcemente cuando hablaba Creso.

Creso sube al trono cuando ha terminado ya el largo período de emigraciones, de luchas heroicas, de primeras aspiraciones hácia la civilizacion y las artes que constituye la infancia de todos los pueblos, y que señalaron en Lidia aquellos episodios medio fabulosos, donde la poesia y la pintura tanto se han inspirado. Midas trocando en oro las aguas del Pactolo, pero imponente para ocultar sus orejas de asno; Hércules hilando á los pies de la reina Onfale; el invisible Giges.

Aliates, padre de Creso, en el trascurso de un reinado de cincuenta y siete años, habia asegurado definitivamente la supremacia de la Lidia sobre las demás comarcas de la península. Sin embargo, las colonias griegas resistian aun; Creso hizo tributaria á Efeso; solo Mileto conservó su independecia, y puede sin exageracion decirse que la Lidia comprendió entonces todos los países que se estienden entre el río Halys y los tres mares.

Pero no era esto bastante: temiendo la ambicion de Creso, Creso quiso prevenirla y pasó el Halys con un numeroso ejército. Entonces comenzó aquella serie de reveses tan extraordinarios como rápidos, cuya descripcion debe leerse en Herodoto: la batalla de Thym-

brea, la toma de Sardis, la triste y conmovedora escena de la hoguera de donde baja Creso para convertirse en prisionero y amigo de su vencedor...

Sardis vino á ser la capital de la gran satrapía del Asia Menor; pero aun fue testigo de acontecimientos

importantes. Xerxes juntó en ella sus ejércitos antes de invadir la Grecia (480); Creso el joven organizó dentro de sus muros aquella expedicion que ha inmortalizado á Xenofonte, general é historiador de los *Diez mil* (401); Alejandro la tomó despues de la ba-



Sardis.—Ruinas del templo de Cibeles.

talla del Gránico (334); Escipion, acaso, despues de la de Magnesia (190); Federico Barba roja, en fin, vió á Sardis ya decaída, antes de ir á perecer, menos feliz que Alejandro, en las aguas del Cidno (1190).

Sentimos separarnos de estos lugares, donde reviven tan magníficos recuerdos, y nos sentamos en frente de las ruinas, delante de un café que sombrean

bellas plátanos, y cuyo peristilo se apoya en columnas antiguas. Un riachuelo fluye ante nosotros por un lecho de arena ¿es el Pactolo? Dos pequeñas corrientes de agua atraviesan el suelo de Sardis: diversos parajes de los historiadores antiguos parecen designar con este nombre célebre el torrente seco, durante el estío, que pasa al Oeste del templo